

LA JERARQUIA Y LA DISCIPLINA, SEGUN EL PRESIDENTE AGUIRRE CERDA

El Presidente Aguirre Cerda ha hablado del respeto a la jerarquía en sus declaraciones sobre el decreto de Defensa de la Raza. La jerarquía impone un orden interior, una voluntad espontánea de acción sobre los inútiles desbordamientos. Enseña que hay fuerzas superiores a las cuales la colectividad debe respeto y acatamiento. La jerarquía se forma por un orden sucesivo de factores espirituales, y nada puede lograrse de estable o de sólido si ese respeto no se transforma en carne y en substancia de un pueblo. Perderíamos todo lo alcanzado si de pronto, una transmutación total de los valores, diera al traste con los sacrificios padecidos para forjar ese progreso y para elevar a categoría respetable a los hombres que con su pensamiento y su acción dieron una estructura a la naturaleza social del país.

El Presidente de la República, por haber enseñado desde una cátedra y por haber tenido vinculación e intimidad con las ideas, ha podido comprender que no basta sólo el desenvolvimiento físico o el desarrollo muscular armonioso para forjar una nacionalidad; hay necesidad, además, de caminar en el orden de las emociones, hacia un plano auténtico de integralidad humana. Es preciso poner al hombre indigente intelectualmente, en situación de procurarse "una cultura es-

piritual superior por la sociabilidad, la música, la excursión sana, la comprensión de la vida agradable, el conocimiento de la historia de nuestros hombres de esfuerzo que hayan contribuido al engrandecimiento de la patria".

Estas expresiones de su declaración, forman un programa de acción inmediata, contra el cual no puede prevalecer obstáculo de ninguna especie. Si se logra producir estos estímulos y se alcanza el ideal que el Presidente invoca en su formulación de principios, podremos tener a corto plazo una transformación de sentido social. La disciplina no será un mito sino una realidad y la jerarquía impondrá sobre la colectividad su norma fundamental: el respeto a los valores y en fin a todos los que se han sacrificado por el bien o por la elevación espiritual.

No debemos olvidar que el más sórdido materialismo tiene tomao del cuello al espíritu y le impide volar. Todo se supedita al dios éxito, al instante pasajero. Lo permanente no cuenta, porque impone sacrificios e impone severos estudios, cualquiera que sea el orden en que se mueva y se agite el hombre, dentro de la sociedad. Para formar la mentalidad de un pueblo es preciso demostrarle que hay algo más fuera del esfuerzo físico, que hay latidos profundos por medio de los cuales puede

oirse la elaboración, liviana y fuerte a un tiempo, de la sustancia espiritual que es belleza, y es emoción, y es libertad y solidez de la conciencia. Fernando de los Ríos, ese gran Ministro de la República que ideó y planeó las "misiones pedagógicas" en España, sabía que en el fondo del más oscuro rincón de su pueblo había una sensibilidad, es decir una inteligencia en embrión que era necesario despertar o traer a la superficie para galvanizarla con el estímulo de la música, del canto, de la danza, del teatro, de la pintura y; en fin, con la presencia de lo bello. Por allí van los caminos que conducen al bien y la grandeza, sin que deje de ser grandeza también la organización industrial de un pueblo. Sólo que la otra actúa sobre las reservas espirituales, humanas, y las sacude para que den de sí, fervor, humanidad, sentimiento y sentido de la responsabilidad. Fernando de los Ríos recordó una vez la visita de Chesterton a España. Recordó un viaje a una región de las más bellas de la península, pero también de las más olvidadas. El gran escritor inglés, cuenta de los Ríos, estuvo observando a los hombres del pueblo, con un profundo silencio y una profunda atención. Ellos danzaron sus danzas rústicas y comieron, luego, delante de los visitantes. Partieron con gracia el pan, sacaron taja-

das de los trozos de queso y se repartieron con suavidad la comida. Cuando Fernando de los Ríos le preguntó su impresión Chesterton dijo solamente: "Qué cultos son estos analfabetos".

Eran en realidad analfabetos, pero tenían el señorío y la gracia de los hombres que han vivido en contacto con las formas civilizadas de la convivencia.

Las palabras del Presidente Aguirre revelan esta comprensión de la naturaleza del pueblo y muestran un punto de educación que no puede perderse. Todo cuanto tienda a despertar por la sencillez y por el camino de la emoción, sabiamente administrada, la raíz espiritual del pueblo, será una obra grande, de inmensos beneficios para el futuro. Los que están ciegos podrán ver y los que han perdido el don de escuchar, podrán oír. Levantar a un pueblo, en el fondo del cual laten tantas posibilidades y hay una sensibilidad insospechada, lista para revelarse al menor estímulo, es realizar obra de honda proyección humana y social. Esta obra lleva el respeto del hombre hacia el hombre y es capaz de reconocer esa jerarquía y disciplina de que habló el Presidente en su declaración de principios. tan olvidadas hoy en el general desconcierto que el mundo padece.